

Nápoles ocupado en la enseñanza y á la vez en la composición de la tercera Parte de la Suma.

Era una noche serena, callada y bonancible. La histórica ciudad, teatro de tantas luchas y centro de incontables aspiraciones en la Edad Media y en gran parte de la Moderna, parecía adormilada en plácido reposo. El Mediterráneo con sus ondas azules y transparentes desarrollaba un poema de armonías al romper y gemir de sus aguas en las arenas de la playa: la luna brillaba como un disco de plata sobre el océano y alzábase misteriosa en el espacio como princesa de la noche seguida del cortejo de las estrellas. Mágicas procesiones de ninfas, drapeas, náyades, gracias, sílfides y musas, semejaban recorrer la superficie inmensa del mar, llevando en sus blancas manos guirnaldas de rosas y siemprevivas y ramos de mirto y laurel con que se adornan los pedestales de los genios. Todo descansaba en dulcísima calma y en plácida soledad, y esta soledad y aquella calma inefable derramándose en torno de Nápoles esparcían en la hechicera ciudad un no sé qué de sublime y de maravilloso.

En los claustros del Convento napolitano de los Predicadores, reinaba también la santa paz y el silencio que acompaña á los grandes acontecimientos.

Habían los religiosos terminado el rezo solem-

ne de los Maitines y en las naves del anchuroso templo quedaban aún, como ecos de la pasada salmodia, un concierto secretísimo de arrullos y de cadencias y una atmósfera deleitable en que entraban el perfume del incienso, el humo de los cirios y algo más que se siente y no se puede explicar, porque la virtud lleva siempre consigo efluvios inefables y divinos. Sólo un religioso había quedado en el coro esperando sorprender en aquella noche alguna escena misteriosa que el corazón le hacía sospechar..... Y, efectivamente: al poco de permanecer en la santa expectativa, observó el religioso que en la Capilla de San Nicolás donde se veneraba un devotísimo Crucifijo, se oían palabras y murmullos de oración y se divisaban resplandores celestiales. Escuchó atónito y acercándose estupefacto á la balaustrada del coro, vió al Maestro Fr. Tomás de Aquino puesto de hinojos ante la imagen de Jesús Crucificado. El semblante del Angélico irradiaba una luz inefable y de los labios entreabiertos del Crucifijo salían estas sublimes palabras: *Tomás, bien has escrito de mí. ¿Qué merced ó gracia me pides en recompensa?.....* Y el Doctor venerable, embriagado en éxtasis de amor divino, respondía: *¡Señor!..... No quiero otra recompensa que Vos.* (1)

(1) Hay quien afirma que el suceso narrado se verificó antes de los Maitines, lo cual es completamente indife-

Así habló el mismo Dios á su fiel siervo; así confirmó la Verdad infalible la Obra más grande que ha producido el humano entendimiento.....

Cuando el Señor escogió al profeta Isaias para felicitar á los hijos de Dios y animarles en sus trabajos, les envió esta embajada «la más breve en palabras y la más larga en mercedes que se pudiera enviar» (1). *Dicite iusto quoniam bene: Decid al justo que bien* (2). Dando á entender, añade el V. Granada, «que toda la universidad de bienes que el corazón humano puede bien desear, se hallaban juntos en ese bien que promete Dios al justo en premio de su virtud.»

Pues por semejanza; al decir el mismo Dios á rente á la verdad del hecho. Otros quieren restringir el elogio del Redentor diciendo que el *bene* con que Jesús alabó á Tomás, no puede extenderse á todas las cuestiones de la Suma, sino á tratados particulares. Otros, en fin, confundiendo los tiempos, aseveran que el *bien* aprobativo del Salvador se refiere sólo al Oficio del Corpus. Según la historia, parece ser que fueron dos las veces en que confirmó Jesús los escritos de Santo Tomás: una la que acabo de referir, y otra al escribir el Oficio del Santísimo Sacramento. El restringir el veredicto de Jesucristo á tal ó cual cuestión, es maniático y anti racional y quizás tenga sus puntos de sacrilego, pues es hacer al Señor poco explícito y ambiguo en sus afirmaciones. Y si es cierto que en la Suma hay algunos detalles que tienen su oscuridad, la doctrina del Doctor angélico en conjunto es admirable como después de J. C. lo han confirmado repetidas veces los S. S. Pontífices.

(1) Prólogo de la Guía de Pecadores.

(2) Isaias, III.

Santo Tomás que había escrito *bien*, parece que empleó esa palabra sin especificación alguna, para que se entendiese que la alabanza era sin límites y el mérito del Santo sin reservas.

Humilde, como siempre, el Doctor angélico en presencia de Jesús que no le reprendía por su incredulidad como al otro Tomás Apóstol, sino que le enaltecía ofreciéndole el premio y la recompensa, exclamó como el Dídimos embriagado en caridad al introducir sus dedos en las llagas del divino Salvador: *Dominus meus et Deus meus!..... ¡Señor y Dios mío!..... Nada quiero sino á Vos mismo.*

Admirable promesa la de Jesús y hermosa petición la de Santo Tomás: aquélla breve en palabras y magnífica en larguezas, ésta concisa también en la expresión é inmensa é infinita en el fondo como que no se contenta sino con el Bien sumo que es Dios.

No es extraño, en vista de este veredicto del cielo, que la tierra se haga lenguas para celebrar las excelencias del genio de Tomás y que la milagrosa Suma haya sido el baluarte de la Iglesia y la gloria más legítima de las ciencias y de los sabios. Por eso los Pontífices recomiendan ese libro prodigioso como el manantial purísimo de verdadera ilustración; por eso en Florencia, en Trento y en el Vaticano fué la Suma del Angélico la exposición más hermosa de los dogmas revelados y

de las leyes ordenadas al mejoramiento de las costumbres y á la regularización de la disciplina eclesiástica (1); por eso, en fin, los mismos enemigos de Dios y de la Iglesia reconocen el mérito sin segundo de la *Suma*, y el infame Lutero quemando el libro del Doctor angélico junto con la bula de León X, y el audaz Bucero exclamando en su despecho: *Tolle Thomam et dissipabo Ecclesiam Dei*: Quitad á Santo Tomás y yo acabaré con la Iglesia de Dios, demuestran á las claras que la *Suma* es el castillo más fuerte é inexpugnable del catolicismo y al arma vigorosísima con que se defiende la verdad revelada de concierto con la humana y natural.

Santo Tomás no dió los últimos retoques á la *Suma*, y el *Suplemento* con que se termina, aunque obra suya, es anterior á lo restante y fué recogido por sus discípulos para completar las últimas cuestiones.

¿Por qué el angélico Maestro no concluyó por entero su Obra magna estando ya al terminarse?... He aquí un misterio inescrutable.

El caso fué que desde el día seis de Diciembre de 1273 en que Santo Tomás tuvo revelación es-

(1) Sabido es que en el Concilio de Trento, la *Suma* fué colocada por los Padres en la mesa de las sesiones y al lado de la Santa Biblia. Cuando ocurría alguna dificultad, la Asamblea tomando la *Suma* exclamaba: *Consulamur divum Thomam*, Consultemos á Santo Tomás.

pecialísima de que se acercaba su tránsito al celebrar la Misa el día de San Nicolás Obispo, no volvió á escribir sobre las cuestiones de la *Suma* que habian quedado pendientes. Lo que el Doctor angélico pudo ver y oír en aquella revelación milagrosa, no lo dice la historia; pero lo cierto es que cuando los discípulos de Santo Tomás le rogaban que concluyese la *Suma* antes de partir de este mundo, respondía conmovido: *¡No puedo, no puedo!....* Y como su particularísimo amigo y discípulo Fray Reginaldo se atreviese un día á preguntarle por la causa de aquella suspensión, le contestó el Santo Maestro: *Querido hijo: ha llegado el tiempo en que ya no debo escribir más. Después de lo que he visto y de lo que se me ha revelado, me parece tan excelente lo de allá y tan pequeños mis trabajos que ni puedo hablar de lo que sé ni proseguir en mis pasados escritos. Confío en Dios que así como he terminado mi carrera de maestro, terminaré muy en breve mi viaje de peregrino en la tierra.*

Las esperanzas del Angélico se cumplieron; y pocos días después de esta declaración, el cielo regocijado abría sus puertas de luz y oro labradas para recibir en sus almas regiones al venerable Maestro que entraba en la eternidad coronado con las guiraldas de Virgen y de Doctor.

